

Franz Schandl

El honesto mentiroso

Sobre alguien que nada oculta, pero escamotea todo.

¿Hay alguna razón para escribir otro ensayo sobre Donald Trump? Si estuviéramos medianamente satisfechos con lo dicho, en realidad no. Sin embargo, no es así. Entonces, ¿por qué millones de personas siguen fascinadas con sus apariciones y con sus salidas; están muy entusiasmadas o profundamente consternadas? No puede haber razones. Por supuesto, uno puede reírse de Trump, con razón, burlarse de él. Pero, en realidad muy pocos se ríen en voz alta, por lo que a los burlones cada vez les cuesta más reírse. Puede que él sea un mentiroso, sexista, racista, violento, idiota, pero eso no importa. Eso es lo realmente sorprendente, pero no debería serlo. Es coherente con esta época y, sobre todo, en el país de las posibilidades ilimitadas, el más avanzado en el desarrollo capitalista. Tenía que llegar alguien así. Ahora ya está aquí.

Refrescante y aterrador

Donald Trump es un animador transferido a la política, alguien que llevó la mentira a la transparencia absoluta. Quién miente así, miente de verdad. Nada se oculta, todo se desenmascara, y a todos. Pero, ¿miente alguien que lo hace de forma tan evidente? En cualquier caso, con sus mentiras deja claro lo que es. Más claro que sus adversarios, que siguen cultivando la falsedad y tratan de ocultarla. Trump no lo hace. Ya no hay máscaras. La máscara y el rostro son uno. Trump es más honesto, precisamente porque miente de forma tan evidente. A muchos de los que ahora son sus seguidores les gusta más eso que la hipocresía liberal, el rezongo, las evasivas, la retórica obligatoria, donde uno tiene la sensación de que constantemente le están tomando el pelo. Con Trump no ocurre. Ha acabado con eso y, a pesar de la amenaza que supone, resulta refrescante, por muy aterrador que sea el contenido de sus acciones. Esta franqueza hace bien en el baile de máscaras de la política. La actuación se

caricaturiza a sí misma, se ha convertido en una farsa absurda. Pero la farsa, aunque en lo *formal* sea un reality show, es *verdaderamente* real.

En vez de que el contenido sea lo que repugna, la forma es la que atrae. Lo que fascina no es tanto lo que dice, sino lo que él presenta y cómo lo hace. Él siente que la forma tradicional de la «política» ha llegado a su fin y lo hace sentir. Si lo sabe, si es astuto o ingenuo, es secundario. En cualquier caso, impacta y se lo saborea. En resumen, no lo votan ni lo veneran, pese a ser como es, sino precisamente *porque* es así. De hecho, esto parece como una política *diferente*. No como la retórica vacía del cambio y la transformación o cosas por el estilo. Lo que muchos antes que él prometieron y fracasaron, él lo lleva a cabo, a su manera retorcida o, mejor dicho, lo aplica consigo mismo. Su accionar es anti-ilustración, ilustra más y lo hace de una manera peculiar (itambién sobre sí mismo!) que aquel bífido lenguaje liberal de la comunicación convencional. Él va al grano. *Directly from my arse to you (directo desde mi trasero a ti)*. Trump se presenta tal como es. Mientras tanto, si alguien constantemente muestra el traste, ya no engaña.

Por fin uno que no sea cagador y por lo tanto que no embauque. Cuando al público se lo adiestra previamente, solo le corresponde aplaudir. Ya está sincronizado. Sin duda, Trump ha logrado volver a movilizar a la plebe formateada, pero desmovilizada. No se trata en absoluto de un electorado engañado por Trump. Es así nomás. Sus seguidores tienen el Trump que se merecen. Por supuesto, que no es consuelo. Al contrario. «Puesto que la masa no abriga dudas sobre lo verdadero o lo falso, y al mismo tiempo tiene la conciencia de su gran fuerza, es tan intolerante como obediente ante la autoridad. Respeta la fuerza, y sólo en escasa medida se deja influir por las buenas maneras, que considera signo de debilidad. Lo que pide de sus héroes es fortaleza, y aun violencia. Quiere ser dominada y sometida, y temer a sus amos.» (Freud, S. (1921/1991). Psicología de las masas y análisis del yo. En: Obras completas, Amorrortu Editores. Vol. 18 p. 75) Solo en

un "Führer" se encuentran a sí mismo aquellos que se sienten ajenos a sí mismos. Necesitan de un *Führer* aquellos que nada saben, pero sí exactamente hacia dónde ir. La ignorancia y la seguridad en sí mismo se han convertido en uno. La estupidez se convierte en fuerza. Como grandeza notoria, la estupidez no es más que caer constantemente en las apariencias del mundo. Estado de ánimo. Sintonía. Concordancia.

Pero ¡cuidado! Los votantes de Trump no se tragan realmente las mentiras que les cuentan. Para ver a través de las de Trump no se necesita una gran capacidad intelectual, basta nomás con un poquito. La mentira y la verdad tampoco son el criterio del público. Es más bien la emoción de lo banal y lo grosero lo que atrae. Las personalidades autoritarias funcionan así, bien apaleadas por férreas proyecciones, están fijadas en el infame juego entre *fan* y *líder*. El grado de identificación de los votantes de Trump con su ídolo es mayor que nunca, como cuando en el pasado votaban por los antiguos republicanos o incluso por los demócratas. Por lo tanto, los votos tienen un alto grado de sustancia y son menos casuales o aleatorios de lo que se suele creer. Este «nosotros» no vota al mal menor, sino que se expresa explícitamente a través de su voto y admite: «¡Queremos lo que queremos y cómo lo queremos!».

En el caso de Trump no se trata en principio del camuflaje y el engaño, sino de amenazar, insultar, acosar, humillar y chantajear. Sus oponentes son presentados como enemigos, ridiculizados y destrozados verbalmente. Ahí es donde el demagogo se encuentra en su elemento. Y ese elemento es el sufrimiento que se inflige a los grupos incriminados y a sus representantes mediante insultos sistemáticos. Su pasión consiste en hacer sufrir a los demás. Eso es lo que entusiasma a sus seguidores. La jauría quiere presa. El público comienza a vitorear y a pisotear, y así demuestran cómo es estar unidos. El concepto la «star-manía» describe muy bien esa práctica. Sí, es una manía, y en cuanto a los seguidores, cuando el rebaño se convierte en horda,

tienden a enfurecerse y provocar disturbios. Los fans son barras bravas en potencia. En el sentir absoluto se pierde cualquier huella de otro sentimiento. La devoción ciega implica aceptación total. No hay lugar para ambivalencias. El sentir se pierde en las huellas. Perciben al elitista Trump tenebrosamente cercano. Una suerte de hermano mayor *extraordinario ordinariamente* común. Él es uno de los nuestros. Precisamente él encarna para ellos el adiós a la altanería de la política tradicional.

Cada vez más se produce una escisión entre el sufrimiento, su efecto y el reconocimiento del mismo, y, a menudo, por paradójico que parezca, recién mediante su expresión se unen. La simple experiencia no resulta en absoluto útil o infalible. Los ciudadanos embotados ignoran, en general, su propio sufrimiento y el de los demás, lo cual es comprensible, ya que de lo contrario la vida sería insoportable.

Por otro lado, este malestar mental impide comprender adecuadamente el sufrimiento, criticarlo o incluso combatirlo. La aclamada puesta en escena del populista apela a la patología de la sociedad. El público masivo de Trump se regodea en la alegría maliciosa y la burla. Cuando están con él, están consigo mismos. No solo están para él, están con él. Siguiéndolo, si es necesario, hasta el golpe de estado.

Según la forma, la masa existe en dos formatos: como rebaño y como horda. Si el rebaño se caracteriza por su docilidad, la horda por su capacidad de movilización. Sin masas, estos líderes serían nada. Obtienen su fuerza de aquellos a los que succiona su potencia: «Yo soy porque tú eres» es la desafortunada ecuación entre el fan y el líder. Es una certeza incondicional. En ambas direcciones. Sus palabras son su revelación. Una vez más, es la fe la que mueve a estos enanos. La reflexión es negada, suspendida, incluso liquidada. El reflejo sustituye a la reflexión. El público involuciona a una comunidad de creyentes. Se torna uno, hasta se siente elevado y protegido, incluso reconocido y comprendido. Da igual lo que diga, dice exactamente lo que pensamos.

Como fan, hay que creer sí o sí; en caso de tener impulsos de rumiante solitario, se lo expulsa de la comunidad. Lo que es superior o inferior de esta unidad populista conoce, por supuesto, una diferencia decisiva. Solo el inferior se identifica con el superior. Los de arriba solo reconocen a los de abajo como creyentes y reclutas. Sin embargo, su respeto por los seguidores se mantiene limitado. Los creyentes, por su parte, apoyan lo que sea, no por convencimiento, sino por pertenencia, en última instancia, son *sometidos*. El individuo ya no está presente en tales procesos. Los seguidores de Trump son, en el sentido más literal de la palabra: creyentes, devotos, sumisos. Lo religioso es evidente. Él es su predicador de la TV y las redes. Lo adoran. Solo debe cuidar de no tornarse demasiado viral, porque en algún momento al motor se le acaba el combustible y el ruido entonces solo se percibe como aullido.

Repertorio y recepción

Desde las armas de destrucción masiva de Irak hasta el plan "Herradura" de Scharping¹, la mentira siempre ha sido un instrumento eficaz en la política, pero Donald Trump la ha mejorado mediante su uso despiadado. La mentira pasa de ser un principio variable a una pasión obsesiva. No en vano, su dramaturgia debe convencer. Sin embargo, eso no significa que Trump reduzca su repertorio a la mentira. Al contrario, lo ha ampliado con superlativos hasta ahora no utilizados. Lo nuevo es la composición de los más diversos elementos y la descarada indiferencia al respecto. La mentira despliega en Trump todo su potencial dialéctico. El arsenal de Trump es más diverso y directo que el de

sus oponentes. Mentiras, verdades, medias verdades, percepciones selectivas, tergiversaciones, falsificaciones, malas interpretaciones: todo está permitido y todo está en su repertorio. Parece estar más en forma que todas esas caras entrenadas, en las que se ve y se oye de dónde provienen sus componentes, que copia de la copia ya copiada. Ya no les queda alguna carta en la manga, excepto en los regimientos desmoronados de los últimos incondicionales de la política. Pero estos son molestos, Trump es divertido. Cinco a cero para el artista.

Donald Trump es sin duda uno de esos talentos naturales del comercio capitalista, un maestro de ceremonias de tonterías peligrosas. La identificación con el agresor es más fuerte que cualquier resistencia contra la agresión. Esto se aplica especialmente a nivel social. Es bastante evidente que aquellos que más temen y sufren sus recortes lo votan de todos modos, o quizás incluso *por eso*. Ni siquiera la autoflagelación descarta un comportamiento consciente autodestructivo por parte de los fans obsesionados con la autoridad. Ya ni a sí mismos se quieren más que a sus enemigos. En un escenario de tal vacío mental e indiferencia, la arrogancia y la actitud del líder resultan increíblemente atractivas. Cuanto más obsceno, más excitante. ¿Qué más se tiene para recuperarse? «Cuanto más tupida es la red de socialización y, más llega esta a cubrir sus cabeza, tanto menos pueden los individuos dejar que sus deseos, intenciones y juicios escapen de ella. Y existe el peligro de que, si se le anima a manifestar su voluntad, el público quiera aún más, si cabe, de aquello que le viene ya impuesto. Para que esto cambie, habría primero que atajar la tácita identificación con aquello de que ya dispone y que es demasiado poderoso; habría que fortalecer el débil Yo, al que tan cómodo resulta someterse, pero en la actual situación resultará inútil buscar a quienes quieran ese cambio y tengan poder para operarlo.» (*Theodor W. Adorno, ¿Puede el público querer? (1963). Traducción al castellano en*

¹ **Plan Hufeisen**, *Operación Herradura*, fue el nombre que se le dio a un supuesto plan del Gobierno yugoslavo para expulsar a los albanokosovares. Rudolf Scharping, el entonces ministro de Defensa alemán, afirmó que este plan estaba respaldado por información de los servicios de inteligencia. Nunca hubo pruebas de eso, pero ese supuesto plan sirvió para legitimar la intervención militar de la OTAN contra Yugoslavia en la primavera de 1999.

<https://notocarpofavor.wordpress.com/2012/02/06/puede-el-publico-querer-algo-de-t-w-adorno/>

A pesar de todo, Trump se muestra auténtico y genuino. En todos los sentidos, su comportamiento es original. Lo que dice se vuelve viral. Uno sabe a qué atenerse. Nada le avergüenza, y por eso ya nada puede avergonzarlo. No existen barreras ante el bochorno. No solo están omitidas por consideraciones tácticas, sino negadas de manera rigurosa. Incluso ha habido un cambio de signo. De negativo a positivo. Esto puede ser frágil y, en el primer mandato presidencial, tampoco siempre funcionó como en el segundo. Ahora es realmente inmune. A diferencia, por ejemplo, de Frank Stronach, un tipo similar que en Austria entre 2014 y 2016 quiso montar un espectáculo similar, que sin embargo muy pronto se convirtió en el hazmerreír. No obstante, no debe omitirse que el oligarca austrocanadiense llegó a obtener casi el 30 por ciento en las encuestas de opinión. Por lo tanto, hay suficiente terreno fértil en las democracias occidentales, como para incluir este tipo de desarrollo que está contenida en ellas. La sensación de que hay alguien que dice lo que muchos piensan y aún más lo sienten, no solo no debería ignorarse, sino ubicarlo en el centro de atención. . El potencial está ahí, solo hay que saberlo aprovechar. Trump 2.0 lo ha logrado. Los éxitos electorales populistas en general hablan por sí mismos. Atribuirlos principalmente a una competencia política incompetente, al consorcio de demócratas cristianos, socialdemócratas, demócratas liberales y demócratas verdes, se queda decididamente muy corto. No pueden hacer más de lo que saben hacer. Más no pueden.

Mundo loco

La idea de que la política no tiene que ver con la verdad y la sinceridad está más cerca del universo de Trump que de la falsedad del centro establecido. Trump ni siquiera miente con astucia. ¿Para qué? Simplemente le brota de manera espontánea y, por muy desagradable que sea, tiene buena acogida. Da

igual si lo descubren o no, a él le importa un comino. No conoce la discreción. Es un mentiroso sincero, al menos el más sincero. Además, la mentira se ha vuelto transparente, ha superado su falsedad. Eso no la debilita, sino que la fortalece

La política exitosa tiene que hacer un gran esfuerzo en preparar sus falsedades y, hacerlo de tal manera que el mundo no las pueda descubrir, por eso se avergüenza y, probablemente también le indigna sobremanera si llega a quedar al descubierto. Y de pronto llega este multimillonario que en absoluto depende de esos trucos. Ah, ¿y los documentos fotográficos que mostró al presidente sudafricano Ramaphosa eran falsos? ¿Y qué? Es así. Y si no lo es, da igual. Los negros asesinan y maltratan a los blancos. Este mensaje ha calado, incluso en los periódicos serios (es decir, periódicos del suplicio burgués) publican artículos del tipo «Trump tiene razón». Las fotos falsificadas han cumplido su propósito, ninguna auténtica lo habría logrado jamás. Él proclama este tipo de agresiones con total convicción y nunca se disculpa. Es el puro poder de persuasión del prepotente. Si yo lo digo, solo puede ser cierto. También aparece así en «Truth social» y se comparte, publicado millones de veces, con otros tantos "like". Por lo tanto, la verdad es lo que se impone con éxito. Lo cual, por supuesto, no es cierto, pero es coherente porque se corresponde con el estado de ánimo. Por eso se acepta. El cuadragésimo séptimo presidente de los Estados Unidos no tiene que engañar, solo tiene que afirmar y ordenar. Eso basta. El niño rebelde y obstinado se ha convertido en el hombre más poderoso del mundo, sobre sí mismo y sobre nosotros.

Cuanto más absurdas sean las noticias, mayores son sus posibilidades de ser publicadas y multiplicadas. Cruzar las líneas rojas es el programa del nuevo gobierno estadounidense. Esto atrae la atención y los medios de comunicación lo siguen adictiva y furiosamente ciega. Aquellos que quieren colgarlo se cuelgan de él. Todo lo indecible se vuelve decible. Cuanto más vil, más titulares genera. El programa incluye la serie Provocación como giro infinito y

receta para el éxito. «El mundo loco quiere que le mientan», dice Grimmelshausen en *Simplicissimus*. Muchos de sus exponentes no solo engañan, sino que quieren ser engañados. Sin parar. La potencia reside en la masa de creyentes y en su absoluta emoción. La cuestión si es mejor ser engañado o desengañado, en la práctica se resuelve por sí misma. La euforia es preferible al desencanto. Todo el alboroto en torno a las estrellas y los héroes es, por lo tanto, una gran puesta en escena del autoengaño, en la que todos participan, y no solo como extras, sino como protagonistas de sí mismos en todos los escenarios de la vida social, que pareciera ser solo un gran espectáculo. A veces lo que hay que aprender, suelen ser roles muy complicados. Se confunde la propia vida con un gran parque de atracciones, donde hay que guardar las apariencias.

Hasta ahora aquello que solo una mala mentira estaba mal, era lo que regía. Ahora lo que cuenta es que la mentira permite reconocer la verdad sin maquillaje. La mentira no puede decir, por cierto: «Estoy en contra de la mentira»; eso sería mentir, lo que, sin embargo, no es poco frecuente que ocurra. Pero si dijera: «Estoy a favor de la mentira», estaría diciendo la verdad, pero esa sinceridad desautorizaría su propósito. Así, la mentira calla sobre sí misma si quiere que la tomen en serio. Sin embargo en general, el mentiroso debe conocer la verdad. Una mentira debe ser, por lo tanto, intencionada; de lo contrario, se trata simplemente de un error o un equívoco. Esa es la mirada clásica. Mientras tanto, si uno está atrapado en un mundo paralelo lleno de premisas ideológicas y actúa basándose en esa matriz, ¿qué ocurre entonces? ¿Conoce Trump la mentira y la verdad? Probablemente sí, pero a veces surgen dudas, ya que sus acciones son demasiado erráticas e impulsivas, y no hay que subestimar la desmesurada vanidad de este hombre. Trump no realiza un ataque a la realidad, Trump es el ataque a la realidad. Por supuesto, primero hay que percibirlo en toda su dimensión. La discrepancia entre la

verdad y la mentira parece estar cada vez más nivelada, simplemente aplanada.

Revelación al final

Sin embargo, Trump también ha sacado a la luz algunas cosas que hasta ahora solo tenían lugar entre bambalinas. Con Trump, el periodismo de investigación ha tocado fondo. No hay nada que descubrir cuando lo descubierto es respaldado por la mayoría. ¿Qué sentido tiene escandalizarse si, por un lado, a su público no le interesa y, por otro, Trump expresa sus maldades, amenazas e insultos de forma totalmente voluntaria, incluso de manera ofensiva y abierta, con el fin de deleitar al mundo. «CNN es basura, el New York Times es basura, MSNBC es basura. Son mala gente, están enfermos». (Trump el 25 de junio, según *Heute* del 26 de junio de 2025) Etcétera, etcétera.

No es este el lugar para multiplicar lo que de todos modos se multiplica constantemente. El conferencista que ha aterrizado en la Casa Blanca parece estar drogado, aunque probablemente no consuma nada más que refrescos azucarados. Hay alguien que está realmente entonado naturalmente. Sus frases le brotan de la barriga, más o menos así: « „You can do anything (...) Grab'em by the pussy. You can do anything.“ «Puedes hacer lo que quieras (...) Agárralas por la verga. Puedes hacer lo que quieras». Cuando Trump soltó esta perla Epsteniana en 2016, la indignación fue enorme. Pero el universo machista de la manía Star funciona así. Cuando se jacta de eso, no resulta repulsivo, sino atractivo. Aunque constantemente lo atrapan, no lo condenan, sino que lo admiran. Las imputaciones y las condenas tampoco le molestan, sino que aumentan su popularidad e inmunidad. Tal vez en muchos casos, despiertan simpatía, incluso reverencia, y el resultado es un aplauso ruidoso o silencioso. Los deslices sexuales no pueden perjudicar a Trump. Se le permite ese tipo de uso. Stormy Daniels debiera cerrar la boca, ya cobró suficiente dinero por su silencio. Aparta de sí las multas millonarias por difamación sin que le afecten algo.

Quienes controlan datos parecen no mover un pelo de Trump, sus verificaciones rebotan varias veces, si no es que incluso atizan su narrativa aún más. Cuando refutan a Trump, lo ensalzan, aumentan su impacto. Sale el tiro por la culata. Las críticas se convierten en publicidad contra su voluntad. Esa es también la razón por la que los análisis convencionales no lo captan adecuadamente, ya que parten de premisas erróneas. Suponen un consenso racional que no existe y nunca ha existido, pero que especialmente ahora se ha vuelto evidente. Sin embargo la mayoría de los medios hegemónicos están ciegos, ciegos furiosos. Cada vez entienden menos y a lo que menos entienden es a sí mismos. A diferencia de los partidos, que todavía creen en sí mismos.

Trump quiere ahora cambiar los medios de comunicación, quiere modificar la mordaza auto implícita y llevarla a una modalidad de determinación directa de censura externa explícita. Sin embargo, no cabe considerar este enfrentamiento como «independiente» contra «dependiente». Sería pensar en serio de manera demasiado simplista. Un punto de vista tal, entre tantas variaciones y matices, pierde de vista los fundamentos de la producción cultural industrial. El ataque de Trump a la prensa «libre» es más honesto que la puesta en escena del mercado libre de los medios de comunicación como la libertad por excelencia. Trump quiere más bien fijar directamente las dependencias, la censura debe manifestarse, no solo configurarse de manera intrínseca. De antemano debe quedar claro cuál es la situación; el personal, los periodistas, no deben ni siquiera imaginar que pueden proceder de forma autónoma. Trump les quita así la oportunidad de engañarse a sí mismos y les dice claramente para qué sirven. Sin duda, esto también podría ser un camino hacia el reconocimiento de sí mismos.

La mentira Trumpiana desnuda su carencia absoluta de habilidad. No obstante, no por eso aparece como un mentiroso torpe. La razón podría ser porque, ante su evidencia esta mentira despierta más simpatía que su melliza mentirosa y aceptada, no tan fácil de

reconocer como la mentira sincera. Trump gana la competencia en cuanto a sinceridad. Sus seguidores no se sienten engañados, al contrario, se sienten apoyados. Se sienten claramente más cómodos en ese entramado verbal suyo, que sin duda es tosco. Él es uno de ellos, piensan. No sin razón.

Demencia y anticomunismo

El mundo entero no solo se ha vuelto loco, sino también demencial. El hoy desmiente el ayer, pero como siempre es hoy, el ayer es irrelevante. Apenas se recuerda el ayer, y mucho menos el anteayer, y se deambula sin historia por los acontecimientos del presente. Presente sólo está el presente. La memoria a corto plazo de los habitantes del planeta parece estar sobrecargada, incluso agotada. No puede seguir el ritmo del tiempo y, por lo tanto, apenas puede procesar lo impresionante como impresiones. La rapidez de los acontecimientos lo hace cada vez más imposible. Las barreras cognitivas no son sólo mentales, sino también de estructura técnica. Estamos y estaremos constantemente sobrees-timulados y acalorados. Lo que ayer nos emocionaba, hoy ya es irrelevante y mañana estará olvidado. La apatía es la consecuencia. Ya no notamos nada y tampoco lo notamos. Esto debe entenderse en un doble sentido, como *notar* en el sentido de almacenar conocimientos y como darse cuenta en el sentido de percibir. La emoción se ha convertido en una dimensión patológica, es crónica y caprichosa. Ya no se puede digerir algo correctamente. El detenerse nunca ha sido tan vertiginoso.

La acción sigue a la acción, aunque sólo sea simulada. Trump es, sin duda, uno de sus principales accionistas. Con lo que lleva su rumbo a alturas vertiginosas. Solo siente desprecio por las costumbres anteriores. Los demócratas provocan un *Shutwown*, un cierre. ¿Y qué? Rajemos a los funcionarios públicos. Este tipo de comportamiento habría sido imposible en el pasado. *Hire and fire*, contratar y despedir, mires donde mires. Trump tampoco sabe lo que se propondrá o hará mañana, ni recuerda lo que dijo ayer. Cualquier referencia al

respecto resulta inútil, incluso ridícula. Simplemente no le importa. Pensemos en el juego del Tomahawk con Zelenski: ¿lo conseguirá o no? Precisamente lo incontrolado e incontrolable aparece como auténtico, porque lo es. Pero eso no significa que la derecha populista carezca de estrategia. Las erupciones de Trump, aunque no estén planificadas, están integradas. Son intensificaciones, no interrupciones. Diversos cambios de rumbo tampoco lo son, ya sean las declaraciones de Trump sobre Ucrania o sobre el conflicto de Gaza. La amabilidad puede convertirse rápidamente en una fantasía de destrucción y viceversa. La agenda es parte de la propaganda, no al revés.

Lo único que parece realmente auténtico es su anticomunismo, que, por supuesto, abarca todo lo que huele remotamente a emancipación. Entonces la boca se le llena de espuma y parece una reencarnación flatulenta de McCarthy. Un torbellino constante. Esto quedó paradigmáticamente de manifiesto en el asesinato del podcaster de derecha Charlie Kirk en septiembre de 2025, que inmediatamente atribuyó a la izquierda radical como responsable colectivo. Lo mismo ocurrió con las protestas masivas («No kings») en su contra en octubre. En realidad, busca e inventa pretextos para poder actuar contra sus opositores. La prensa neoliberal lo ayuda diligentemente. «Podría ser que con Kirk se haya fusilado al último republicano de derecha que aún creía seriamente en la posibilidad de un diálogo con la izquierda radicalizada», escribe Ulf Poschardt en el diario conservador alemán *Die Welt* del 12 de septiembre de 2025. ¿Qué hacer ahora con estos tipos?, se pregunta el redactor jefe del periódico alemán Springer-Gazette, mientras que su comandante en jefe en Washington ya tiene las respuestas.

El anticomunismo no es solo un motor, es un impulso poderoso, el instinto bruto de la burguesía. Y es febril, como lo demuestra el clasificar a la «Antifa» estadounidense como «organización terrorista». Trump no solo sigue aquí la tradición de la derecha estadounidense, sino que renueva y endurece su

agenda. Integran la izquierda ahora incluso los republicanos moderados. El nuevo alcalde de Nueva York Zohran Mamdani es, por supuesto, un «comunista». La acusación de ser «comunista» sigue siendo al otro lado del Atlántico la acusación por excelencia, no solo un insulto y un término despectivo muy popular, sino la declaración de enemistad definitiva y criminalizadora.

El troll con el arancel

Para el hombre de negocios, lo que cuenta ante todo es lo que actualmente se denomina éxito económico, es decir, la generación de dinero en efectivo. Como fundamentalista radical del mercado, también insiste en la comercialización total del sector político. Como pragmático, es un traficante adicto. Y lo que ellos no logran, lo debe hacer la lotería de los aranceles. Calcula realmente los centavos como el cuento de la lechera: si aumentamos los aranceles, también aumentarán nuestras ganancias. Si no sufre algún accidente grave o percance, el mentiroso honesto pasará a la historia como Donald, el aduanero furioso.

Para él, la política funciona igual que el mercado, siempre se trata de un *deal*, de una negociación. Putin le cae bien porque también tiene muchos cañones con que disparar. Lo mismo ocurre con el dictador norcoreano. Se merece respeto porque tiene una bomba atómica. No solo uno que otro ve las cosas como él, sino que, entretanto, toda la política mundial vuelve a estar completamente inmersa en esta lógica, en resumen, está atrapada en la tontería hegemónica de la disuasión y el rearme. Fue escaso un consenso de este tipo. El lema es: si te mato, no podrás matarme a mí. Esto es totalmente erróneo, pero desde la miopía, siempre es correcto. Que la política se base en el terror dice mucho sobre la política como principio formal de las sociedades modernas. La guerra, como bien sabía Carl von Clausewitz, «La guerra es una mera continuación de la política por otros medios». (De la guerra, Tomo I, <http://www.librodot.com>, ítem 24) Las mezcladoras mecánicas están en marcha, su

velocidad de rotación es alta y las empresas armamentísticas obtienen ganancias como nunca.

No obstante, nadie debería afirmar que Trump no presenta a veces propuestas llevaderas y compromisos aceptables (ino confundir con viables!), que explícitamente no encajan en el repertorio estándar de los valores occidentales en tiempos de preparación para la guerra. Hasta ahora, ha avivado menos la guerra de Ucrania que los aliados de la OTAN en Europa. La interrupción de la matanza en Oriente Medio es sin duda un avance, pero también es el dictado de un jugador de soldaditos de plomo que mueve a los afectados como piezas en su tablero de ajedrez global. ¿Es él un hombre de paz o un hombre de guerra? Todo lo posible e imposible puede ser posible. Lo principal es que él pueda dictar y ordenar, que *él sea el hombre*, el hombre de los hombres!

Tampoco hay que olvidar que el presidente de EE. UU ha incrementado obligadamente a lo chantajista los costos del rearme europeo y mundial, aunque ahora algunos estén haciendo solo lo que ya querían hacer desde hace tiempo. Lo que los ciudadanos de los países afectados piensen de eso, es irrelevante, además de que están bastante indefensos ante el rearme público y la propaganda belicista. En caso necesario, la industria cultural se encargará de cultivar las mayorías correspondientes y se sacrificará a la gente. Esto funciona una y otra vez. Cuando se necesite a los terneros, correrán hacia el matadero

«Nadie sabe lo que voy a hacer», dijo Trump poco antes de enviar los bombarderos a Irán en junio de 2025. Y eso es doblemente cierto. Es decir, los demás no lo saben, pero él tampoco. Además, ¿qué le importa hoy lo que dijo ayer? No solo engaña a los demás, sino que él mismo anda perdido. No se les confunde más que a él mismo. Sin duda, es el líder desquiciado. No solo, pero bastante a menudo. ¿Tiene siquiera la capacidad de distinguir entre la mentira y la verdad? Hasta ahora no tuvo importancia. No es que Trump sea demasiado tonto, hay que decirlo. ¿Pero acaso esta pregunta tiene

alguna importancia? Hasta ahora no ha tenido peso alguno. Para su público, ni la pregunta ni la respuesta son fundamentales. En todo caso, el presidente es un enemigo de la ambivalencia; todo es simple y unívoco. Su retórica se adapta perfectamente a la capacidad de comprensión del electorado. Combinan bien, están sincronizados.

Los políticos comunes y corrientes reflexionan antes de decir algo. Lo central no es el qué y el porqué, sino el cómo para que sea bien receptado. Trump, en cambio, ya lo tiene claro. Ni siquiera se plantea nuevas preguntas. De tantas respuestas, ya no sabe qué preguntas hacer. El actuar es previo y posterior a la acción. De todos modos se actúa. El ritmo que marca este hombre de casi ochenta años es impresionante. Repite sin cesar y sobre todo se elogia a sí mismo, para dar la impresión de que algo debe ser cierto en eso. Sus comentarios de apariencia amistosos, son más divertidos que interesantes. Basta con pensar en su discurso alucinado tras el anuncio del alto el fuego en el parlamento israelí.

Los exponentes de la política se vuelven a ojos vista cada vez más chiflados, están al servicio de intereses menos racionales que a ideologías oscuras, de las cuales la inevitable confesión de adherir a la economía de mercado es el denominador común de todos los dementes. Si la corriente de pensamiento dominante occidental está atrapada en su moralismo hipócrita de idolatría de los valores, Trump & Co ya se han sacudido por completo de toda moral. Ahora solo se trata de poder, dinero y prestigio. Sin rodeos. Decir lo que uno quiera. Groenlandia, por ejemplo. Canadá también, y mañana el mundo entero. «La adicción a la conquista es una cualidad totalmente natural y muy extendida», ya lo sabía Maquiavelo. Por eso a Trump también le gusta Putin. Él piensa igual y viceversa, también.

Make America Great Again, Hagamos grande a Estados Unidos otra vez. MAGA representa el programa de la barbarie, se le llame fascismo o no. Es una distopía y se está desarrollando en este

mismo momento. Ahí posa uno con sus elegantes jóvenes "Vancy" ante la cámara, alineados como una pandilla enloquecida lanzando amenazas salvajes y exigiendo un rescate. La máquina tuitera (aunque en su dispositivo X deben estar sentados comentaristas adicionales junto con generadores de IA) liberaron en gran medida a la política de la diplomacia, es decir, esa mezcla de táctica e hipocresía. Ahora, su fraseado de combate parte a todo el mundo.

«Yo soy la ley»

Cuando Trump renombra el Ministerio de Defensa como Ministerio de Guerra, tampoco se puede decir que mienta. Una vez más, una hiper verdad ha acabado con la hipocresía. Hegseth, ministro de Guerra de Trump, ya habla de prepararse para la guerra y la victoria. Esto dice todo sobre el carácter perverso de una sociedad que produce y permite algo así. Al fin y al cabo, el troll Trump tiene la mayor cantidad de armas, el ejército más grande y el dedo puesto en el botón rojo. Por ahora, está probando amenazar a las ciudades estadounidenses con la Guardia Nacional. Él es el líder, sí, y en cualquier momento, cuando se le dé la gana, puede enviar al ejército. *Él* puede. Eso cree *él*. Su estado anímico es sin duda un criterio, no es solo una pose para asustar. Cuando afirma ser el hombre más poderoso del mundo, tampoco miente. Benjamin Netanyahu lo propuso para el Premio Nobel de la Paz con bastante anticipación. No hay nada que objetar, solo se puede superar reclamando también el Premio Nobel de Literatura por sus muy brillantes y apreciadas frases que postea. ¿Qué hay en contra, teniendo en cuenta su enorme (¿o debería decir escandaloso?) número de lectores? Trump sería entonces el primer ganador de dos premios Nobel, lo que sin duda le halagaría enormemente.

Sin embargo, Trump no es de los que te apuñalan por la espalda mientras te abrazan, sino que grita en voz alta «I hate my enemies»(odio a mis enemigos) antes de apuñalarte frontal. Ante las cámaras, le gusta exhibir a sus víctimas, desde Zelensky hasta von der Leyen. «Yo soy la ley». No es un pedorro

traicionero, al contrario, nadie ha sido un flatulento tan descarado como Trump. Al video falso de Obama, en el que éste es arrestado por el FBI en la Oficina Oval, lo conducen esposado y finalmente posa con un uniforme de presidiario, va aderezado con el mensaje de que nadie está por encima de la ley. ¡Qué ingenioso el remate! En realidad, una vez más proclama con toda sinceridad el mensaje amenazante global: «Yo soy la ley».

Los barcos venezolanos son hundidos frente a las costas de Sudamérica. Son traficantes de drogas. Se les puede disparar sin más. Si es necesario, también bombardearemos Caracas. Los narcotraficantes y los comunistas no tienen derecho a la vida, deben ser ejecutados dondequiera que se encuentren. «Yo soy la ley». Los jueces brasileños reciben la prohibición de ingresar a EE.ZZ por fallos contra el expresidente Bolsonaro. Otro tanto ocurre con el descarado presidente colombiano Gustavo Pedro, en tanto y en cuanto están de moda las fantasías en las que siempre se trata de encarcelar y deportar. Incluso el ex amigote Elon Musk fue amenazado con la prohibición de ingresar al país. Fuera con el villano a Sudáfrica. «Yo soy la ley». Hágase la voluntad de Trump. Ante todo esto, los adversarios diplomáticos no saben cómo comportarse, no lo han aprendido, no se orientan en este ámbito, están constantemente a la defensiva. Su estado de excepción los coloca en una situación de estado de sitio. No han sido formados para esto y ni entrenadores, ni asesores de imagen ni controladores de mensajes tampoco ayudan mucho.

El desarrollo de lo performativo condujo hasta ahora a que sus presentaciones se volvieran cada vez más refinadas y sofisticadas, hasta que esta tendencia se invirtió y, en el firmamento estadounidense apareció el reinado del rubio anaranjado. Ya no hay nada refinado, todo se vuelve tosco y primitivo. Sus mentiras sin duda carecen de una destreza sofisticada. Trump se presenta como un programa antagónico, tosco y populista. La corriente liberal dominante simplemente no ha entendido que lo que habla en contra de Trump, en última instancia, habla

a su favor. Lo cual tiene ahora la grotesca consecuencia de que a partir de ahora diversos cortesanos europeos se pavonean alrededor del presidente de EE. UU. y suplican (no solo) acuerdos arancelarios. Los grandes de la OTAN y de la UE son, sin duda, un lamentable ejemplo quejumbroso. Como lacayos del sistema, se convierten en sirvientes del Führer, a quien, por supuesto, también hay que llamar líder o rey. Así es como se lo imagina Trump, y así lo hacen ellos, al asumir el papel de virreyes decorativos moderados. El peón-teniente Mark Rutte, por ejemplo, quien después de todo es secretario general de la OTAN, coquetea alegremente al que nombra "Daddy" (papi), desde que Trump, en su condición de padre severo se refirió a los israelíes y a los iraníes como niños y a quienes, según él, les dice ahora cómo deben proceder. ¿Es esto aterrador o simplemente payasesco? Probablemente ambos.

El Showman sobre escombros

Trump es actualmente el mejor sintetizador de la convención capitalista. Trump es una calcomanía, la más conformista que hemos tenido jamás. Un moderador en un todo ideal para las canalladas sociales que genera el sistema burgués. La política conocida hasta ahora se encargaba de atenuarlas, pero Trump las enfatiza aún más. Hasta ahora no había habido una sintonía de esta envergadura con el capital. En él emergen sin censura a la superficie. Es el candidato adecuado. En palabras, obras y valores. Él es quien mejor se adapta a las costumbres de la sociedad desarrollada de mercado, a su competencia desenfrenada, al hostigamiento y la explotación mediante el trabajo, al régimen autoritario en fábricas, oficinas y comercios, al acceso desigual a la justicia, a las directrices ideológicas del sector mediático, a la destrucción del ecosistema, a la aniquilación del ser humano y el medio ambiente mediante las mercancías y el dinero. A esto se suma la pesadilla de una reindustrialización en tiempos de catástrofes medioambientales globales. Pero a Trump todo esto le da absolutamente igual; a menos que también se factible poder lucrar con ellos. A

diferencia de la Comisión Europea, él ni siquiera finge tener un credo ecológico. También en eso es más sincero que muchos otros. Cuando la elección no es la esperada, de inmediato amenaza con retirar, o no pagar, o suprimir las respectivas subvenciones. Ya sea en Argentina, sea en Nueva York. Así, abiertamente las elecciones libres son negadas. Nadie ha sido tan honesto en cuanto a construir democracia.

Actualmente estamos viviendo una fase de creciente oligarquización. Cada vez resulta más evidente la dominación directa del dinero acelerando hacia la superficie. Lo compra todo y arrasa con los últimos vestigios de la política. El interés común se manifiesta, sin dudar, en forma de competencia geopolítica. Todos quieren lo mismo, pero que sea más de los otros. Trump se muestra totalmente a favor de eso, mientras que muchos de sus oponentes siguen negando siquiera defender un programa de este tipo. Hipócritas, eso es lo que son esos cagadores de ayer. La caradurez actual se lleva de otra manera. En lugar de negar la locura, la afirman. Donald Trump, puede que sea una fatalidad, pero no engaña a nadie.

Es el *espectáculo* lo que hizo grande a Trump, no el suyo, sino aquel desatado en la sociedad, especialmente en la industria del entretenimiento, en los programas y mensajes tan conocidos con todos esos héroes y estrellas, los vengadores, los Rambos y los Rockys, los dominadores y los Terminators, los reality shows y los programas de entrevistas, lo de toda esa maquinaria comercial de embrutecimiento del universo occidental. Él es uno de sus mejores presentadores. Donald Trump no es más bizarro que el mundo en el que vivimos.

Este sistema, tanto aquí como allá, cada vez más debe engañarse a sí mismo, al igual que a los demás, para no decepcionar. Los que engañan y los engañados son, en efecto, inseparables en su posición, pero no en su constitución. El formato trumpiano no sigue ningún concepto, es un fenómeno que se autoalimenta, es decir, una

secreción que gotea por todos los poros de la sociedad burguesa y que, por su propia naturaleza, no puede detenerse. En este sentido, el ascenso del tipo Trump es imparable. Lo que tampoco necesitamos, es un retorno a las condiciones anteriores, sino una decidida rebelión contra todo lo que degrada a las personas y los transforma en exponentes indignos y sumisos, rebelión contra las variantes populistas y liberales del capitalismo, que amenazan con precipitarnos a todos hacia la barbarie. ¿Imposible? Sí, si eso es imposible, entonces realmente no hay nada que hacer. Entonces nos encontramos verdaderamente al inicio de un período oscuro.

Los mecanismos de control social han cambiado, sin duda, y tampoco existe algún marionetista todopoderoso; lo cierto es que el dominio de lo objetivo está lejos de estar libre del control y el modelado de ciertos y determinantes sujetos. En resumen: las élites de este mundo dan asco. En conceptos de clase, Trump representa a los multimillonarios del hemisferio occidental, a la gran comunidad de oligarcas, a los tiburones financieros de la peor calaña. Y estos también ejercen su poder. Basta con echar un vistazo al gabinete de multimillonarios de Trump. Esta dominación y sus dominantes deben ser barridos.

La tesis corriente de que el mundo, desde la Ilustración, fue tornándose cada vez más racional y civilizado no es algo que deba cuestionarse solo desde el nacionalsocialismo, sino que siempre ha sido falsa. Sería más revelador e interesante someter los encantamientos del momento, las locuras, los fetichismos de una época cada vez más desquiciada a un análisis lúcido y a una crítica aguda. No cabe esperar esto. No cabe esperar esto ni de los medios de comunicación, ni tampoco de la ciencia, ese aparato financiado por el Estado y el capital. Nuestras sociedades son conglomerados primitivos, pero técnicamente son agregados altamente desarrollados y pérfidos. Incluso la oposición radical parlorea en la jerga del poder y rinde culto a sus valores. Parcialidad, miremos donde miremos.

Seguimos viviendo en una inmadurez de la que nosotros mismos somos culpables. Si alguien nos lo deja claro, ése es Donald Trump.

Traducción del artículo publicado en la revista austríaca Streifzüge N° 92 de Diciembre de 2025, por Dora de la Vega